

erguidos, anestesiados, endurecidos

por Vania Montgomery

Borrar y rebobinar. Borrar y dar la vuelta. Borrar y cambiar de dirección. Borrar y restituir. Desvanecer, volver atrás y comparecer nuevamente. Estas son algunas de las acciones condensadas en las pinturas de Ismael Palma Téllez. Los cuerpos de boxeadores chilenos, diluidos en pintura, languidecidos por el tiempo y degradados por el pugilismo, aparecen en telas blandas y dúctiles, sin un bastidor que las tense, clavadas directo al muro. Un poco antes, en las mesas del taller del artista, quedaron las revistas deportivas en desuso, impresas durante la primera mitad del siglo XX y hoy referentes para estos cuerpos sedimentados en el esmalte.

Las figuras, dice Ismael, se dibujan con simpleza y liviandad en el lienzo. Algunas, se contraponen y superponen en forma de viñetas, atisban las imágenes de un relato. Otras se recortan en fragmentos y espesan la sensación del golpe, las hendiduras y el impacto de cada choque contra el torso. En todas ellas existe una piel monocroma, que toma lugar bajo el pigmento de cada lienzo y personifica a estos cuerpos deportivos, borroneados por la acción del pintor y atizados por las cientos de colisiones de cada combate.

Si miramos cuadro por cuadro, en orden azaroso: dos figuras sin rostro visible, enmarcadas en la prontitud de un golpe, flotando entre un fondo oscuro que deja ver parte de la tela; otras dos figuras en acción, una a punto de dar un knock out, con la fuerza naciente del movimiento que consumará la disputa y se perderá en el choque, en tanto, las extremidades y el puño difuminados, el rostro cansado y vanidoso en la seguridad de aquel último golpe; una tela con tres tiempos diferentes, la acción, el retrato y los tres cuerpos trazados con velocidad, que brotan desde el fondo de la lona; otra superficie rectangular, que también se presenta en tres tiempos, con planos de rostros que miran y expresan la disputa; un cuerpo abatido, capturado al momento de tocar el piso y un poco más arriba el cuadro anterior a la caída, con miradas cruzadas, extenuadas en el tiempo. Además, dos pinturas de rostros detenidos, que asoman con la sonrisa del protector bucal y miran a la cámara. Deformados, abultados y heridos, así quedan los pugilistas luego de cada manto de golpes y así quedan las telas sobre las que han sido pintados, cada vez que se descuelgan del muro.

Agonizar y sucumbir es caer fuerte al piso, derrumbarse por fuerza de gravedad y alinearse en sentido horizontal. Porque un cuerpo muerto o herido es un cuerpo que cae, pesa y exige que lo miremos hacia abajo. Ante eso, observar un organismo agónico, posicionado a la altura de los ojos, descompone y estremece. La densidad de su expiración se restriega contra nuestras caras. El encuentro nos sobreviene desprevenidos y produce una nueva colisión interna ante quienes miran. Aquí, el retrato de estos cuerpos elásticos, pintados sobre superficies blandas que también se abaten, desafía la caída horizontal y demanda que se les mire, entre la cara cortada, los pómulos inflamados, las orejas deformadas y la boca sonriente ante la cámara, a medio morir.

Los pugilistas, que una vez fueron derrumbados por ráfagas de golpes, luego disparados por el lente de la cámara fotográfica y posteriormente impresos en revistas deportivas,

vuelven a través de las pinturas de Ismael Palma Téllez. No obstante, su retorno los inviste de una nueva fuerza visible: ahora son ellos, los boxeadores, quienes disparan al público, al ocupar el espacio erguidos y perpendiculares al piso, borrados y rebobinados en pintura, rebosantes, entre golpes, heridas y sensaciones, endurecidos y anestesiados ante la actualidad que los mira: *Nos anestesiámos frente a toda sensación de mundo, nos endurecemos.*

Nota: la frase final fue escrita por Suely Rolnik en su artículo "Por una nueva suavidad".